

Efímero sacrificio

Tinta de arena



Capítulo 1

No recuerdo cuando llegué. Mis hermanas y yo disfrutamos del ajetreo de la jaula en la trasera de la enorme furgoneta que se convirtió en un verdadero parque de atracciones. Tras un trayecto largo, de repente se detuvo y puso fin a la diversión. Se abrió el portón y unas personas nos transportaron al interior de un edificio de grandes vidrieras transparentes. Subimos varias plantas en un elevador y salimos a un largo pasillo que finalizaba en una puerta doble. Tras ella apareció una estancia amplia, llena de pantallas, mesas, armarios y muchas más cosas que no llegué a reconocer. Era clara y luminosa. Su olor era intenso, diferente a cualquier otro que hubiera conocido. Unas manos cubiertas con guantes nos extrajeron de nuestro habitáculo para alojarnos en uno mucho más sobrio situado en uno de los estantes. Concluimos una hermana y yo en el primero y las otras tres en el tercero, en un nivel inferior al nuestro. Todas estábamos expectantes ante aquel nuevo paisaje.

Permanecimos dos días en quietud total, no exentos de descubrimientos tras los barrotes. La tercera mañana, bien temprano, comenzó el ajetreo. Comenzaron llevándose a dos de mis hermanas. Desaparecieron de mi vista en aquel amplio espacio. Un tiempo después, que se me hizo eterno, las dejaron de nuevo en sus jaulas. Los dos días siguientes se repitieron las mismas acciones.

Cuando pensaba que aquellas personas silenciosas se habían olvidado de mi existencia, aquella mañana llegó mi turno. Una enorme bata blanca completada con un pálido rostro con gafas se aproximó. Abrió la portezuela y me cogió. Sentí el frío y el cierto temblor que se manifestaba en su mano. Pensé que tal vez aquello era algo nuevo para los dos.

Me trasladó en un vuelo vibrante al otro extremo de la sala y me colocó sobre una mesa. Sin tiempo de pensar, sentí un leve pinchazo y como unas pequeñas pinzas se posaban sobre mis patas traseras. Me produjeron un ligero cosquilleo que muy pronto fue convirtiéndose en molesto dolor. Aquellos instantes se me hicieron eternos. No había nada divertido. Comencé a temer que nada bueno iba a sucederme.

Desperté aturdida, extraña. Sentía como si algo se moviera en mi interior. Fuera de la jaula no veía ninguna de aquellas batas, la noche estaba en silencio. No me gustaba lo que había pasado. No entendía el qué, pero no era la misma, no estaba como siempre.

Al día siguiente, todo volvió a repetirse. Aquellas horas de amarre y de sentir las finas agujas insertadas en mi piel se me hacían interminables. La noche se convirtió en mi aliada, su llegada me daba la seguridad de saber que aquellas manos no estaban allí para cogerme. Noche a noche

fui deseando que no se hiciera de día. En aquella paz, agotada, me vencía el sueño y despertaba bien acurrucada en uno de los rincones. La consciencia me devolvía a la plena actividad que observaba fuera.

Unos días después, al despertar, me aventuré a lo más alto de la jaula tratando de localizar a mis hermanas. No pude verlas. El espacio del estante que las acogiera aparecía ahora vacío. Constatar que no estaban me hizo sentir una enorme tristeza. Mi desazón aumentó cuando, aquella tarde, a la que permanecía conmigo tampoco la devolvieron. Me sentí sola y desamparada.

Como una revelación, supe de inmediato que mi sentencia estaba dictada. Conocer mi condena hizo que un escalofrío sacudiera todo mi cuerpo. Decidida a no permitir que nadie eligiera aquel final para mí, comencé a idear un plan para escapar. Los aparatos, máquinas y utensilios que había sobre las mesas, y que al principio se me antojaron divertidos, se me desvelaron como verdaderos elementos de tortura. Imaginé a mis hermanas sacudiéndose enérgicamente intentando escapar de su destino cruel. La pena que sentí me confirmó que no lo habían conseguido. La próxima vez que la mano abriese la puerta de la jaula la mordería para liberarme de su garra y salir huyendo de aquella prisión.

A la mañana siguiente llegó el momento. La mano me atenazó con tal fuerza que todo intento fue en vano. Me oprimía e inmovilizaba hasta casi dejarme sin respiración. Eché de menos la inseguridad de aquel primer guante. Este otro era firme, seguro, y mis posibilidades, mínimas.

Todo estaba oscuro. Me sentí desorientada. No había sonidos, ni olores, nada se movía. Tanta calma me desconcertó. La pequeña jaula me daba seguridad, era mi casa. Añoraba las noches serenas. Ahora me sentía ligera como una pluma, satisfecha, aunque no recordaba la última vez que había comido. Cerré los ojos y vencida por un sueño extraño me convencí de que siempre viviría en aquel laboratorio. Nada podía hacer para detener aquella cuenta atrás.

Abrí los ojos y a mi alrededor todo era luz y silencio. Un pequeño ratón de extraña apariencia que me miraba curioso venía hacia mí. En un instante un enorme grupo de ratones se me acercó en clara señal de bienvenida. Mientras me explicaban la suerte de haber ido a parar allí, pude reconocer, tras la muchedumbre, a mis hermanas. Sonreí. Me sentí nuevamente arropada. Estaba finalmente en casa.